

UN POEMA DE JOSE GARCIA NIETO

Escribe: OSCAR ECHEVERRI MEJIA

José García Nieto es uno de los más significativos poetas españoles de la "Promoción de la Posguerra", grupo que debe su nombre a su aparición alrededor del año 40, y en el cual priman el formalismo y un marcado retorno a lo clásico. Vuelve con estos poetas (hoy entre los 40 y los 50 años) la poesía telúrica, el canto nacional sin grandilocuencia ni cursilería; renace el misticismo español, pero con un tono muy "siglo XX", muy de acuerdo con la era atómica; vuelve la vieja inquietud por la muerte.

García Nieto puede decirse que es el prototipo de esta generación. *Premio Nacional de Literatura Garcilaso* en 1951; *Premio Fastenrath* en 1956, y nuevamente *Nacional de Literatura* en 1958, es uno de los más extraordinarios casos de fidelidad a la poesía, a su difusión y a su exaltación. La poesía es para García Nieto una especie de apostolado que le embarga la vida, que lo embriaga, que explica su ser. En 1943 fundó la revista *Garcilaso*, baluarte de la tendencia clásica neorrenacentista, que era la que el poeta defendía en aquella época de transición. Ha publicado más de 12 libros de poesía, de los cuales *La Red* es el último. Hace varios años es director de *Poesía Española* y redactor-jefe de *Mundo Hispánico*.

Autor de sonetos impecables, de corte clásico y aliento novísimo, su poesía se ha ido liberando de ciertos moldes, fluye más espontánea, se hace más universal. Sin embargo, de repente regresa —como los ríos a través de la lluvia a esos viejos y amados caudales del clasicismo, y escribe unos versos de corte añejo en los que, a la par, paladeamos castizos sabores en sabia armonía con esencias modernas. Tal es el caso de su "Canto a la Hispanidad", que publicó *Mundo Hispánico* (1) hace algún tiempo, y que he conocido tardíamente.

Este es un poema que lo reconcilia a uno con el tema épico —tan desusado, tan difícil, tan propenso al lugar común—. De la Hispanidad se ha escrito mucho (quizá tanto como de la "antihispanidad"); la His-

(1) "Mundo Hispánico", N^o 163, Oct. 1961. Madrid.

panidad es el antídoto de la “leyenda negra”, es la “leyenda blanca” de nuestros tiempos.

Precisamente poco antes de leer el “Canto a la Hispanidad” de García Nieto, había tenido yo una polémica con dos buenos amigos míos, antihispanistas ellos. Muchos argumentos esgrimí en pro del hispanismo (uno de mis grandes fervores), y el más contundente —a mi juicio— fue este: España es nuestra Madre Patria, y por ende debemos recibirla y tomarla como es; a la madre no se la juzga, se la ama; todos sabemos que ella tiene defectos (humana al fin) y sin embargo no sé de nadie que reniegue de su madre (y si lo hace es un monstruo). Es el mismo caso de los hispanoamericanos con respecto a España: esta ha cometido errores, la raza ibérica tiene debilidades y defectos; mas no nos corresponde a nosotros —sus hijos— proclamarlos a lo mil vientos, y mucho menos exagerarlos. El hacerlo es —ni más ni menos— ser descastados.

He hecho esta digresión porque viene al caso: después de leer el poema de José García Nieto he lamentado no haberlo tenido a la mano cuando tuve la discusión aludida. Este *Canto* me habría sacado valedero mejor que mis argumentos. Nunca hubo una tan íntima fusión entre madre e hijos, como la que se advierte en estos versos inflamados de amor, escritos por un español del siglo XX. En ellos se transparenta la completa identificación de la Madre Patria con sus antiguas provincias americanas:

*“...piedras que nos repiten, piedras que nos completan,
y una canción que dice cosas que ya dijimos;
una danza que acaso perdimos en el aire,
una voz que nos dice lo que un día hemos dicho”.*

América es para España su más vivo retoño, su imagen reflejada en las aguas del Atlántico y el Pacífico. O, como lo dice García Nieto:

*“...Tú eres la carabela feliz y regresada;
tú la de un viaje último donde emprendimos cien...”.*

América no es solo la prolongación de España, es España misma, así como esta no se explica sin aquella:

*“No hay libertad que escales que a España no libere;
nada que tus heridas abra que no nos duela...”.*

Aquí, en este *Canto a la Hispanidad*, se logra —repito— la fusión definitiva de este gran mundo que todos —españoles e hispanoamericanos— formamos con nuestras virtudes y nuestros defectos comunes. En los versos de García Nieto se advierte el gozo de España que reclama con orgullo el ser madre de estas tierras brotadas de su mano descubridora y catequizadora, estas comarcas que son “gala de la que las origina”. Oigamos el júbilo de la Madre Patria, por boca de uno de sus hijos de ahora:

*“Digo América y digo “el mundo está bien hecho”;
digo América y digo “ya está entera la fruta”;
digo América y gozo su vecindad amante;
digo América y una forma de amor se alumbra”.*

El descubrimiento, ese milagro que solo pudo plasmar España, aparece así en el poema de García Nieto:

*"...de pronto, esa gran dalia de atlántica belleza,
el más allá que alumbraba la tenebrosa sima,
esa mitad del fruto que completa un prodigio,
esa tierra que es gala de la que la origina".*

Y no podía faltar, en esta exaltación que la Madre hace de sus bienamadas hijas, la alusión a Colombia:

"Colombia con la lengua más pura de Castilla",

ni el loor a los bravos y duros conquistadores:

*"Os veo, ciego héroe, andando sin descanso,
superando los ríos, desbrozando las selvas,
tocando con los dedos flores de un primer día,
poniendo el pie en el sitio de la imposible huella".*

No es posible, después de leer este "Canto a la Hispanidad", dudar un momento más del entrañable amor —mezcla de orgullo y de admiración— que siente España por sus hijas americanas. Y conste que ella no nos mira con ojos simplemente maternales, y mucho menos autoritarios. No. Ella sabe de nuestra pujanza, siente —desde el otro lado del Atlántico— que aquí se moldea el verdadero nuevo mundo; que América es ella misma "que ha dado la vuelta". Y se entenece y clama:

*"En su sola palabra, como el que llama a un hijo,
hay un volcán ardiente de arrojadiza entraña;
en su sola palabra, como el que graba un árbol,
hay una tierna herida jugosa y delicada..."*

Sí, España, con la virtud de sus defectos. España eterna, contradictoria y única. De ella son nuestros innumerables defectos, pero ¿no son acaso ellos nuestra sal? Y nuestras aún más innumerables virtudes, ¿no son herencia de ella? Esta manera peculiar de ver y de afrontar la vida, de gozar y de sufrir, de amar y de odiar, de vivir y de morir, ¿no es, por ventura, legítimamente española?

Somos los mismos, con virtudes y debilidades idénticas:

*"Bolívar ha nacido de nuestra misma fuente,
ha vuelto cauce arriba por nuestras mismas aguas".*

América repetirá algún día las hazañas legendarias de su cansada madre. Así lo proclama José García Nieto en su hermoso poema de exaltación hispánica. Y así como las hazañas de España son nuestras, las que América Hispana logre en el futuro serán de España igualmente, porque América es —como lo dice el poeta—:

*"...como un espejo en donde se están mirando,
eternamente jóvenes, nuestros ojos antiguos..."*